

Cartas a Teresa: el primer viaje de Jorge Guillén a España

Guadalupe Arbona Abascal

El epistolario *Cartas a Teresa* reúne las cartas que Guillén escribe a su hija entre 1948 y 1984. Las fechas de inicio y fin del conjunto son significativas porque dan cuenta de momentos cruciales en la vida del poeta: la primera se escribe unos meses después del fallecimiento de Germaine Cahen, su mujer; y la última está escrita poco antes de su muerte cuando ya se ha instalado en España con su segunda mujer, Irene Mochi Sismondi. Las misivas familiares se encuentran en la biblioteca de Wellesley College, universidad en la que dio clase Jorge Guillén desde 1941 hasta su jubilación. El conjunto está siendo estudiado al amparo del proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación¹. De entre ellas, en estas líneas, entresaco y comento el conjunto que proporciona noticias sobre el primer viaje del poeta a España. Exiliado desde 1938, Guillén vuelve a pisar suelo español en 1949. Las cartas revelan datos desconocidos sobre la larga, cuidadosa y temida preparación del viaje y la estancia del poeta en la península ibérica, desde su entrada por Irún el 28 de junio de 1949 hasta su salida el 30 de agosto de ese mismo año. Los comentarios giran entorno al dolor por la ausencia de Germaine Cahen con la que esperaba volver a su tierra, el reencuentro con su padre enfermo, las visitas de poetas y artistas amigos, las impresiones de España, los juicios críticos y la resistencia dolorida a regresar a su país mientras no termine la dictadura. La destinataria, confidente privilegiada de los cambios en la vida de Guillén, será crucial para entender las cartas y su contenido: Teresa es la destinataria que recibe los regalos más preciosos de su padre: «Y para mi hija, el alma y la vida y la nostalgia de vuestro Jorge» (*Cartas a Teresa*, 23 de febrero de 1951)

“Vivir en amor y en verdad”

La primera carta de Jorge Guillén a su hija data del 16 de enero de 1948. No han pasado ni tres meses desde la muerte de Germaine, cuando el poeta aprovecha para reflexionar sobre los pilares sobre los que se ha soportado su vida. La carta refiere una conversación que el poeta ha mantenido con Madelaine Berl en París, ciudad a la que Guillén está desde la enfermedad de Germaine y en la que aguarda la visita de su padre y algunos de sus familiares españoles. Madame Berl le hace al español un comentario sobre lo bien que ha educado a sus hijos. Cosa que hace reflexionar al poeta y de resultas escribe a su hija Teresa para confiarle el fruto de sus pensamientos: «Pues no ha sido según una particular pedagogía; no hicimos más que vivir juntos, muy juntos y así expresar nuestro ser, lo que de veras somos. ¿Y cómo hemos vivido? Muy sencillo: en amor y en verdad (...) Con vuestra madre hemos vivido siempre, siempre, día por día, (¿y cómo no llorar al recordarlo?) al nivel supremo que es el nivel de la verdad (...) Sí, ese es uno de los aspectos de mi balance: la verdad. Mi madre vivió así. No hay duda alguna: es el vivir supremo (¡Qué suerte la mía!)».

¹ “Cartas a Teresa. Digitalización, contextualización y análisis de redes de las cartas de Jorge Guillén a su hija (1948-1984)”, PID2019-105015RB-I00. Siendo IPs Rosa Fernández Urtasun y yo.

Ciertamente ese vivir en la verdad le había llevado al exilio, o por mejor decir, con el término que el poeta prefirió, al destierro (Garbisu, 2014: 31) y a ser un desterrado (C. Guillén, 2002: 87). Y esto no sin sacrificio, tal y como apunta en la misma misiva Guillén: «la verdad es en definitiva un régimen riguroso, pero que expresaba la integridad de aquel espíritu y su fuerza». Junto a la verdad hay otro pilar de ese vivir que es el amor, gracias a él se sostiene la vida juntos. Y no hay duda de que las dificultades que tuvieron que padecer para ofrecer su resistencia estable a la dictadura de Franco, no fueron pocas. Guillén se negó a cualquier forma de concesión hacia una España que limitaba las libertades y consideraba nefastos a muchos de sus profesores, artistas y hombres de cultura. Creía en otra España posible. Y lo tuvo que mantener con una vida alejada de su tierra y rehecha en otros lares. Los rigores del exilio desde 1938 -primero Middlebury, luego en Canadá y en Wellesley- recaían sobre los hombros de su familia: Germaine, Teresa y Claudie -diminutivo que pervivió en la boca del padre para nombrar a Claudio Guillén-. Guillén marchó a otras tierras, como algunos de los amigos del 27 que le precedieron y acompañaron en su destierro –especialmente Pedro Salinas-, y contó con el apoyo de los nuevos amigos que fue encontrando en el país que lo acogió. Admiró la «generosidad americana (...) Norteamérica posee esa virtud eminentísima en grado incomparable» (2 de septiembre de 1958).

Pues bien en los años ‘40 y ‘50, esta vida en el amor parecía tambalearse. Guillén pierde algunos de sus apoyos fundamentales: muere Germaine en 1947, su padre enferma, la situación española se enquistaba, los hijos crecen y se distancian (Teresa se había casado con Stephen Gilman en 1943 y Claudio estudiaba en Europa). A estos dolores y distancias se suman las muertes de seres queridos: Christopher Hall y Juan Centeno en 1949, su padre en 1950, Pedro Salinas en 1951 y Amado Alonso en 1952. Siente durante estos años con mayor escozor el destierro y podríamos preguntarnos si también el desamor. Porque como le confiesa a Teresa, él necesita de la convivencia: «Yo no sé más que convivir, y vivir solamente es de una insuficiencia que me duele cada día» (*Cartas a Teresa*, 12 de marzo de 1951). Para poder mantener el rigor de la verdad, la de una vida desterrada, necesita de la convivencia que prodigiosamente le permite la carta y que tan certeramente describía su amigo Salinas: «el asistir con nuestra alma acá, donde estamos, y allá donde otra de nuestro afecto nos lee los pensamientos, es magna conquista, y la carta arma poderosa en el gran triunfo (...) La carta ayuda a seguir sintiendo al corazón del que ya no puede ver. ¡Qué de innúmeros vínculos de humano afecto, qué de amor, de comuniones espirituales, de compañerismos del alma!» (Salinas, 1981: 226). Las misivas de *Cartas a Teresa* son de humano afecto por su hija y continuación de aquellas reunidas en *Cartas a Germaine* (1919-1935) tan bien editadas por Margarita Ramírez. De este modo, la palabra escrita le permite mantener la convivencia con los que no puede ver. Este será su *cántico* y será lo que hará posible resistir en la verdad de vivir lejos de una España sin libertad. Eso no impedirá que estas circunstancias dolorosas, y precipitadas en pocos años, le lleven a querer volver a pisar su tierra. Por eso desde 1947 aparecen comentarios de sus tentativas para visitar a su padre y entrar en España de manera privada; cosa que no logrará hasta el 28 de junio de 1949, de extranjería, y casi como si de un proscrito se tratase. Esos miedos se los confiesa a Salinas: “Llegué con vagos temores policiacos” (Salinas/Guillén: 512).

Dos meses en la “modesta España”: ¿dónde habitar?

Jorge Guillén pasa dos meses en la Península, si incluimos una excursión de varias jornadas en Portugal. Y en ese tiempo escribe doce cartas remitidas al núcleo familiar de su hija desde España: cinco de ellas dirigidas a sus “hijos”, tres solo dirigidas a Teresa y tres a su nieto Antó (diminutivo de Antonio Gilman Guillén). A estas doce se añaden las cartas de los años inmediatamente anteriores, en las que se cuenta las intenciones frustradas de llegar a España y los miedos que siente antes del viaje, así como las inmediatamente posteriores en las que, con mayor serenidad, Guillén hace balance de lo que ha vivido y visto en España y toma la decisión de volver de visita siempre que pueda, pero de una manera puntual y de manera privada.

El momento en que empieza a perfilarse en Guillén el primer viaje a España es tras una larga temporada en París esperando la visita de su padre: son varias las quejas de Guillén hacia “los de Valladolid” porque no le atienden. Ya antes, en 1945, suspiraba por ver a su padre (P. Salinas/J. Guillén, 1992: 348). La ansiedad se acentúa tras la muerte de Germaine, pero el encuentro entre padre e hijo no será hasta la segunda quincena de abril de 1948. El poeta, cansado de esperar la visita parisiense, viaja a Hendaya dos días, y allí se produce el abrazo entre los dos guillenes. El poeta no se atreve a entrar en territorio español. Vuelve a América y a sus clases en Wellesley.

Ahora bien, después de haber estado seis meses en París esperando y tras haber visto, por fin, a su padre, los deseos de volver a la “modesta España” se multiplican. En enero de 1949, le escribe a su amigo Salinas sobre su dolor por la lejanía de su país «me duele cada día más la ausencia de España», dolor que se asocia a la ausencia de su mujer «lo de Germaine me duele tanto como el primer día [...] yo había querido vivir con Germaine en España». El único consuelo es que «cada día me siento más padre, más abuelo, más amigo tuyo, más volcado a la escritura, más español» (Salinas/ Guillén, 1992: 480)

Serán estos sentimientos de pérdida los que le lleven a tomar la decisión de viajar a España, viaje que planea minuciosamente. El 1 de diciembre de 1948 escribe: «Del otro viaje –a Europa– todavía no he recibido noticias; yo quisiera ir en el barco griego a Lisboa, en el que saldrá de Nueva York el 15 de junio. No sé si lo conseguiré». Y el 9 de diciembre confiesa a su hija que podría viajar en avión: «Ayer estuvimos comparando y sopesando precios, ventajas y desventajas. Sería más elegante y más cómodo, sobre todo más elegante y más moderno, tomar el avión. Pero Grand’Maman y yo, *petits bourgeois* con acento comunista, preferimos el *coach* de una considerable economía (...). Por otra parte, ya he dado el depósito para tener mi pasaje en el Via Hellas, barco griego que saldrá de Nueva York el 16 de junio [...] ¡Viajemos, alma, viajemos!». Viaja con la abuela de Teresa, es decir, su suegra, que ha pasado una temporada con Guillén en Wellesley. La llamaban cariñosamente Grand’Maman. El 2 de febrero del año siguiente: «Pero estoy un poquito más nervioso. ¡Dios mío, estos nervios, y cuánto me atemoriza el viaje a España»; trece días más tarde lo vuelve a repetir: «¡Cuánto pienso, y cuánto me remueve ya, lo del viaje a España!» (16 de febrero de 1949). El 12 de mayo, y tras el conocimiento de la muerte de su amigo Hall, decide pasar desde España a Lisboa. Es notable que decida arriesgarse a salir de España y volver a entrar para visitar a la viuda de un gran amigo, sabiendo el miedo que tenía; para Guillén la amistad era cimiento de vida y poesía: «Claro que iré a Portugal desde Valladolid». Y el 28 de mayo: «Si se cumplen mis planes, dentro de un mes, estaré llegando a Valladolid». Siguen los preparativos: «Grand’Maman y yo, no hacemos más que

vivir nuestro viaje (...) he comprado regalos –sobre todo para Valladolid– y he dispuesto fondos para ser gastados en Europa» (13 de junio de 1949)². El temor parece aliviarse cuando escribe a su nieto Antó:

«Ya sabes que el lunes próximo, Grand'Maman y yo nos lanzaremos en avión a París. Imagínate mi emoción: tú has volado muchas veces en una vida tan corta, y yo no he surcado el aire más de media hora. ¡En esta ocasión serán veinte horas! Claro, este proyecto de viaje me gusta y me disgusta. Porque me da mucha pena pensar que, dentro de algunos días, estaré muy lejos de ti, de Isabel, de tu papá y tu mamá».

El núcleo familiar, descendiente de Germaine, es decir la nueva forma de *cántico*, será, como se ve en el tono de las cartas a su nieto, fuente de sosiego y contento. Y así se referirá muchas veces a su familia como el contenido de *cántico*, es decir, el origen de su canto celebrativo de la realidad que es, como se sabe, el título de su obra poética más famosa³.

Estos comentarios muestran la larga expectativa de un viaje de retorno marcado por la nostalgia: «¡Y pensar que voy a tomar el avión y hacer todas esas cosas sin tu madre! No hay posible consuelo», le escribe a Teresa el 20 de junio desde Nueva York. Nostalgia que se dirige a la distancia de *cántico* en América:

«Mi queridísimo Antó: Te escribo desde el piso 19 de este rascacielos, –que no es precisamente el séptimo cielo, porque hace un tiempo atroz: húmedo y pegajoso. ¡Ah! Mañana –según parece nos encontraremos mucho más arriba, entre nubes, sin ver el mar –el Atlántico– que tendremos bajo nuestras alas, pero no a la vista. Y el avión irá alejándose de mi nieto, de mi nieta, de su mamá, de su papá, y eso me estropeará el placer de hacer este gran viaje –que habría sido una hazaña hace algunos años, en este mismo siglo; pero hoy no es nada (...) Querido Antó: ¡cómo voy a acordarme de ti en el aire– y luego en la tierra de España!».

La segunda etapa del viaje es París. Allí de nuevo se mezclan los sentimientos del poeta porque en la carta del 26 de junio, misiva en la que el poeta describe la salida de América y la larga espera en Long Island (toda la noche pasada bajo unas lonas hasta coger el avión), le confiesa a su hija: «Y aquí estoy tranquilo, con la esperanza alegre de ver a los míos en Valladolid, pero triste, y en esta situación imposible: todo, todo –menos tu madre. ¡Ay, hija, ay, Dios mío!»

Así, por fin, el 28 de junio entra por Irún. Refiero la carta entera porque dice muy irónicamente de la España que encuentra, atada y sometida a las formas del casticismo que deplora Guillén:

² En esta misma misiva se incluyen las precauciones que le pide a su hija que mantenga respecto a su correspondencia que son indicio del temor a la situación que se va a encontrar: «¡Ah! Para acabar –¡por ahora!– con estas indicaciones prácticas. Guárdame los impresos, paquetes y cartas, léelas si quieres, y rexpídemme a “General Mola 12” las cartas que consideres dignas de ser rexpeditas. Ten en cuenta si el firmante es o no es “persona grata” en el Estado español; y no me envíes aquellas cartas cuya firma o cuyo texto no armonicen con aquella situación»

³ En la carta del 13 de junio de 1949 se leen los dos extremos unidos: el temor por la vuelta y la gratitud por la compañía que es su núcleo familiar: «Y, sin más transición, pasaría a la parte sentimental. Pero, no. ¡Cuidado con mis lacrimales –no con mis retinas! Estos días –ya de viaje– me siento tiernísimo. El regreso a España, mi padre, Maes –esa niña que no conozco, la niña con los años de mi ausencia–, aquellas personas y aquellas cosas– y sin tu madre... Sí, todo eso me remueve. Pero nada me entenece tanto como pensar en mis dos hijos, en ese Claudie adorable –con pasta humana tan noble– en que “que va a parecerte desierto el continente sin nosotros”. Y toda esa casa, y esas criaturas van a quedar tan lejos...»

«Queridos hijos:

Ya estoy del lado de acá. A mi llegada, ayer, me recibió la señorita que conocéis⁴. Saldré esta tarde a las seis y media para llegar a Valladolid a una hora intempestiva: las tres. Me he alojado en un hotel de medio pelo, y enseguida he encontrado la España castiza. Entre las mesas, en alta voz, conversación sobre toros. "Que si Paquito Muñoz..." No, no es un torero de escándalo (es decir, muy bueno) "–¡Cómo! ¡De escándalo y medio!"– Etc., etc.

La misma labia, los mismos temas de siempre. Y todo sumergido en el olor a aceite. ¡Este será mi problema: el culinario! Paseé un rato por la noche. "Churrería madrileña". Lotería nacional (¡jugaré!) "Gloria Colina Robledo, Profesora en partos" como decía aquel rótulo que fue el enigma de mi infancia en mi calle natal. Y al volver a la "fonda", ¡oh dulzura!, puse una silla en el balcón y gocé de la noche y de la calle. En el espejo, queda reflejada la calle. (Perspectivas dulcísimas que no permite América). No he dormido mal. He invitado a comer a la señorita de la estación; pero no puede aceptar, porque acaba de reñir con su novio y la situación sería violenta.

¿Y la actualidad? Aún no la he visto. Solo, hasta ahora, la Eternidad. ¡Eternidad de toros y de aceites!

O mejor: ¡Eternidad de toro oliendo a aceite!

Estoy tranquilo, contento. Y solo. Pero solo».

Esta ironía, entre cáustica y dolorida, se resuelve en una imagen de España terrible, la de una "¡Eternidad de toros y de aceites!" y de soledad. Solamente halla consuelo en el goce de la calle de noche. Lo demás son imágenes de una España esperpéntica: la enigmática señorita, la desconfianza del novio, la ridiculez de elevar a eternidad los toros y el aceite, los recuerdos de carteles ininteligibles y grotescos de la infancia, la lotería nacional, los churros, las voces... Se siente tranquilo y contento -escribe-, pero más más que nada solo. Por eso lo repite dos veces.

Algo más consoladora es la llegada a Valladolid, como refiere en la carta del 30 de junio: «Llegué a Valladolid el martes, o mejor, ya el miércoles, a las tres de la madrugada, y en la estación me esperaban el abuelito, Leónidas y Claudie⁵ [...] ¡Qué cariñosos, todos! Esta es mi primera impresión: la del bloque familiar. ¡Bloque, tribu, y qué junta! El abuelito está bien –de un humor delicioso. ¡Pensar que la vida no le ha dejado amargura ni rencor!». Admira en su padre que las penalidades que ha padecido no hayan agriado su carácter ni se haya dejado llevar por el rencor. Una cosa excepcional que nos hace preguntarnos más allá del temple de Guillén padre, por esa misma actitud en el hijo. ¿Es este rasgo una pervivencia de *cántico*? Al lado de estas frases admirativas, el poeta también se queja del calor y de las moscas, como lo hará en la carta del 11 de julio, en la que acusa la soledad: «Total: me siento *lonely, saudoso*. Quisiera oír vuestras voces mucho más frecuentemente... esas». Se

⁴ En una carta anterior (13 de junio de 1949) se refiere a esta señorita: "El abuelito me escribe que irá a recibir a Claudie -supongo que a mí también- una señorita de la policía de Irún".

⁵ Claudio Guillén había entrado en España poco antes que el poeta: «Claudie se marchó emocionado -¡tan sensible, el pobrecico!- ya emocionado por ese retorno a Europa, a España» (13 de junio de 1949)

cumple pues lo que escribía antes de su viaje al amigo Salinas, Guillén se siente como un hombre tres veces exiliado: «Esta es nuestra situación tristísima: en desacuerdo con el país en que se ha nacido, con el país en el que se habita, y con el país enemigo de este último». No halla terreno donde apoyarse y se pregunta: «Entonces, ¿dónde?» (Salinas/Guillén, 1992: 489) La respuesta también se insinúa en una carta a Teresa de unos meses antes de su viaje (4 de noviembre de 1948): «Hija: no me cansaré nunca de darte las gracias. Necesitaría otro volumen como *Cántico* para ti sola. ¡Cómo me acuerdo de vosotros!» Este es el terreno seguro, es decir, la realidad que le permitió escribir su *Cántico* y que ve perpetuarse en nuevas criaturas.

La carta escrita desde Lisboa y fechada el 24 de julio es sobria y contundente en cuanto a su juicio sobre España. La crítica situación política sigue inamovible y con estas palabras se lo anuncia a su hija: «De la patria, ¡qué voy a decirte! Por desgracia, estoy completamente de acuerdo conmigo mismo, como con otros. ¡Qué desastre y qué pena!». Cosa que corroborará a lo largo del mes de estancia que pasa en su país natal. A Portugal viaja para visitar a la viuda de Cristobal Hall, fallecido el 25 de febrero de ese año, y aprovecha para cultivar esa mezcla de arte y amistad que guio la vida de Guillén. No en vano su dedicación a la palabra no era exclusivamente para la poesía: la mitad de la jornada la dedicaba a la escritura de cartas. Contradecía así la publicidad americana que apostaba por las nuevas formas de comunicación («Wire, don't write») que, aun siendo posibles y utilizadas por el poeta, no sustituyeron en él el hábito de escribir cartas. Por eso son memorables y abundantes los epistolarios del poeta. En todos ellos se demuestra la generosidad epistolar de Guillén: ¿Qué pasión le sostenía en esta dedicación? Creo que un inicio de respuesta puede venir de algunas de sus declaraciones acerca del valor de la palabra: Las cartas le concedían esa posibilidad de hacer descansar la conciencia de las cosas al amparo del arte de la palabra. Así se ve en la carta que ese mismo día -el 24 de julio- le escribe a Antonio Gilman con una magnífica descripción de la ciudad de Lisboa:

«¡Cuánto siento que no me acompañes en mis paseos por Lisboa! La casa donde te escribo se encuentra ante el mar, o mejor dicho, ante la desembocadura del gran río Tajo, que después de haber sido español, se hace portugués. Y ahora, ante mis ojos, marino, atlántico. Lisboa es una ciudad encantadora con muchos edificios y calles del siglo XVIII, construida sobre varias colinas: de modo que hay muchas calles en cuesta, muchas perspectivas diferentes, muchos rincones que no se parecen los unos a los otros; todo, claro: noble y –por lo menos en apariencia– tranquilo. [...] Ya verás lo difícil que es este portugués de Portugal. ¡Qué ganas tengo de estar con vosotros, dentro de dos meses, en Wellesley!».

Una hermosa descripción que se cierra con ese *leit-motiv* que se repite en las cartas de este periodo: la nostalgia y el deseo de estar con sus descendientes.

Estaciones de amistad

Pero España no son solo las moscas, el calor y el aceite, están los amigos que hacen buena parte de esa morada en la que habitar. Guillén no escatimó fuerzas para mantenerse en contacto con sus amigos; durante la estancia española podía conversar con algunos de ellos y los buscó. Una carta de Guillén fechada el 2 de agosto desde Valladolid enumera algunas de esos contactos con amigos en

España: Dámaso Alonso, al que admira por su simpatía («Dámaso, como siempre, divertido, muy simpático») y al que sitúa a la altura de sus más entrañables y admirados amigos («Otro caso de gran personalidad española –como Federico y Pedro»). Cuenta su encuentro con Emilio Gómez Orbaneja: «Pero nadie como Emilio: ¡qué inteligencia, y qué incontaminada!». Gómez Orbaneja es el amigo jurista y amante de las artes del que Guillén escribirá, años más tarde, tras su fallecimiento en 1977: «amigo constante y siempre acorde a su propia identidad: Emilio Gómez Orbaneja» (Guillén, 1977:18). A Gómez Orbaneja le acompaña Eusebio Oliver, médico digestivo de gran prestigio del que Guillén disculpa su carácter acomodaticio al régimen por tratarse de un hombre dedicado a la ciencia. En esos días mantiene también una conversación con Melchor Fernández Almagro, granadino y amigo de Lorca, quien llegó a ser crítico literario, periodista e historiador en la España de Franco; así y todo Guillén lo tiene por acertado en sus juicios políticos y lo defenderá, ante su amigo Salinas, y disculpa algunos de sus escritos debidos a la falta de libertad de expresión. Lo hace en carta del 2 de septiembre y, por tanto, ya desde París:

«¡Gran Melchor! Muy superior a sus escritos y, ¡ay!, muy diferente. Él es con Emilio, y después, José Antonio –quien mejor me ha hablado de la situación española con un implacable enjuiciamiento histórico. Defiende a Melchor ante Pedro, que solo le juzga por algunos artículos, pecados de insinceridad impuestos por el Régimen, pero exteriores a la inteligencia y al alma incontaminada de Melchor. (Diré, imitando a Rubén Darío: “Pido exégetas españoles”»).

Estos dos casos son indicio del carácter conciliador de Guillén con las personas y la generosidad con ciertas debilidades; al mismo tiempo que fue implacable -a costa de grandes sacrificios y renunciadas- a la hora de manifestar su desacuerdo y resistencia ante un régimen injusto. El rigor se lo aplicó a sí mismo: no retornó a una tierra como la suya mientras hubo falta de libertad y no dio permiso para que se publicasen sus obras en un país en el que regía un sistema censor.

Otras personas con las que se encontró fueron José Antonio Rubio Sacristán, historiador del derecho español, miembro del Centro de Estudios Históricos, Sinfiriano Toro, amigo de Cristóbal Hall, del que dice que «me ha hecho un buen dibujo; dice que lo convertirá en un óleo», Joaquín Romero y Fernando de Unamuno. A este último lo nombra en la carta escrita desde París el 2 de septiembre de 1949: «Nos detuvimos en Palencia; charlé un buen rato con Fernando de Unamuno; y no solo de don Miguel sino todo aquel hogar de Salamanca surgió evocado en la conversación (¡Es grato conocer a los hijos de estos hombres de calidad!»). También en esta carta aprovecha para hacer un elogio de Menéndez Pidal: «Don Ramón me había escrito dos cartas –¡no salgo de mi asombro!– invitándome a pasar dos días en su casa. Comí con la familia, toda ella empapada de romances y de épica. Don Ramón está magnífico de salud y en pleno trabajo (81 años). Una sola diferencia observé. Ahora es mucho más afectuoso. Por quien más y más cariñosamente se interesó fue por Pedro».

Por dos cartas que escribió, una a José Luis Cano y otra a Gerardo Diego, sabemos que no llegó a viajar a Madrid en este su primer viaje por problemas de salud (aflicción que le comenta, por supuesto, a su hija en carta del 11 de julio: «el jueves comencé a padecer una gastroenteritis. Todavía no he logrado mi normalidad digestiva».) Con el primero se disculpa, pero aprovecha para felicitarle por la revista *Ínsula* y el premio Adonais, revista y premio que llama “dos purísimas islas” en nuestro océano (12 de agosto); y a Gerardo Diego le escribe ya en Francia -el 2 de septiembre- para

disculpase: «Mi querido Gerardo: No pude ir a Madrid antes del 4 de julio, día de tu marcha: tampoco pude ir después; mi estado de salud me lo impidió» (P. Salinas, G. Diego, J. Guillén, 1996: 211 y 214).

En fin, Guillén sufrió, no solo por problemas de salud, sino al ver que ese espacio querido -España- estaba hecho de personas que para él hacían la morada y ésta, en parte, se había truncado. Y llega a lamentarse cuando escribe cuatro años más tarde a Américo Castro:

«...los dos vivimos fuera de nuestra patria. Solo allí habría llegado nuestra vida social a su desarrollo pleno. Como dice el poeta, o mejor dicho dirá. “¡Cuántas conversaciones no gozadas, cuánta vida común, en la profunda comunidad, se va frustrando! Allí habría conseguido plenitud” (cita del poema de Guillén titulado “El emigrado” del libro *Clamor*, en ese momento inédito). Sí, una larga emigración implica en ese sentido -el social- cierta frustración”.

Y concluye: “¡Cuánto habría usted removido y construido en aquella España que añoramos! (Y la añoramos porque era posible. El Occidente no se resigna a la fatalidad)» (Jorge Guillén-Américo Castro, 2018: 177)

Una despedida agridulce

Al deseo de retorno, se añadieron las invitaciones al regreso. Y cuánto le debieron herir sabiendo la decisión que había tomado!: «Todos me dieron la inevitable carga: por qué no volvemos a España Pedro y yo. Este tema ha reaparecido varias veces en varias conversaciones. Ninguna más intolerable que la de Viñas, que vino a la finca y habló otra vez con José y otra vez con Leónidas y el abuelito sobre mi “regreso”», dice en carta del 2 de septiembre desde París. Aunque inmediatamente, ensalza el temple de sus parientes:

«La familia sólo ha aludido a la cuestión muy lateralmente, aunque ese es –naturalmente– su deseo. Pero en las horas finales nadie me dijo nada sobre ello. Horas sencillas y dolorosas, a causa de la edad del abuelito. Aunque la despedida fue lo menos patética posible, porque reunió delante de casa, ante el coche de José Antonio Rubio, todos lloramos. Y claro que cuando dije –inevitablemente– que volvería el año próximo, no tuve más remedio que pensarlo. Volver el verano que viene me costará mucho; pero no me siento capaz de la crueldad de dejar al padre sin mi visita. Y os veré, además, a vosotros. El padre ha perdido un poco durante estos dos meses: ahora está más indiferente a la conversación, más retraído y sombrío»

Capítulo aparte merece Aureliano Viñas, historiador liberal que juró su adhesión al movimiento y que hizo en París propaganda del franquismo, fue colaborador de Claudio Sánchez de Albornoz y, verdaderamente, como se ve en las cartas, fue un personaje que arrancó del templado Guillén un grito e hizo saltar por los aires su ponderación: «Ayer vino Viñas; o mejor, otros Viñas; esta es otra harina. El propósito de su visita era persuadirme a que me quedara aquí (¡)» le dice a Teresa el 2 de agosto. Información que completa con más detalles y que, lamentablemente, le dejaron el regusto de una despedida amarga:

«Y aquí viene el desagradable incidente. Viñas, el siniestro Viñas, coincidió con nosotros en Vitoria (...) Y nos encontró –a Melchor y a mí, poco antes de la salida de mi tren para la frontera. Me dijo una impertinencia sobre lo de siempre (que la actitud de Ortega, residente en Madrid tenía mucho más valor, desde el punto de vista liberal, que el estar en Boston), y salté. Me puse “fuera de mí”, grité: la mayor cólera de mi vida. Aquello ha equivalido –casi– a un rompimiento con el que ya será mi enemigo público número uno. Enseguida no pensé más que en mi retina».

Lo que había sido dulzura y contención de lo que él llamó su núcleo familiar: «¡Qué familia, qué bloque de unidad y confianza es la familia española!», se convirtió en presión y puesta en cuestión del Consejero del Colegio de España en París. El episodio le hizo hasta cancelar otra cita y agradecer un sueño que le permitió pasar a la frontera sin mayores disgustos: «Renuncié a ver a Inés Salvador en Biarritz para evitar el cansancio. Pasé la frontera con toda facilidad. Descansé –¡con los ojos cerrados!– en Hendaya y en el tren»

La tierra de *Cántico*: ascendencia y descendencia

Guillén creía que la percepción fiel de las cosas se completa en el uso de la palabra: «La “conciencia de las cosas” se nos da “bajo la palabra”. El sonido inteligible es descubrimiento a la vez que forma: descubrimiento de mundo a través de forma verbal» *Lenguaje y poesía* (1961). Y ese descubrimiento tiene la forma de *cántico*. Y es que esta palabra en Guillén tiene una ascendencia: «Yo he dicho mil veces que la sustancia de *Cántico* se debe mi padre y que yo no he vivido y no vivo más que de una chispa de su vitalidad» (3 de mayo de 1950). La sustancia del padre pasa a sí mismo: su poesía es *cántico*. Es la maravilla cotidiana del inicio de cada día: «Amanece, amanezco» y es esa vida con Germaine que, si no presente, llevará en la memoria siempre, como canta en sus tréboles: «Cada vez que me despierto/mi boca vuelve a tu nombre/como marinero a puerto». Y no ve otra forma de continuar sino aquella que pase a la admiración hacia sus hijos, tal y como le dice a Dámaso Alonso en carta del 11 de marzo de 1948 (facilitada gracias a la gentileza de Adrián Ramírez): «Le advierto que mis hijos son, “aunque esté mal decirlo”, mis mejores obras». Por eso el *cántico* pervive -y repito la cita a sabiendas por el valor que tiene-: «Hija: no me cansaré nunca de darte las gracias. Necesitaría otro volumen como *Cántico* para ti sola» (4 noviembre 1948). Y de ahí a los nietos: «He visto las últimas fotografías vuestras. Antó ha crecido y la niña es una preciosidad absolutamente coincidente con las preciosidades que fueron Antó y su madre. ¡Qué alegría, qué energía, qué gracia, qué esplendor de criatura! (No hay otro camino: ¡otra vez *Cántico*!)» (París, 9 de septiembre de 1949).

Si estas líneas comenzaban con el comentario de Guillén que decía haber vivido y vivir en la verdad, aun a costa de sus rigores, este viaje a España lo demuestra; así como la necesaria vida “juntos” que es el corazón de su *cántico*, tal y como se ve esta carta del 2 de febrero de 1950:

«¡Ay, rica! ¿Sabes cuál es mi afición favorita? La lectura de vuestra correspondencia. (También tengo cartas de mamá). Es una pena y una alegría. Esos testimonios de tantos años me causan una profunda satisfacción. Nada más simple que mi vida: cuatro o cinco líneas rectas. (...). Me consuelo pensando que he sido un hombre feliz, que se lo pregunten a mi poesía y se verá lo que responde. ¡Qué capital de horas dignas de ser vividas queda en *Cántico*!»

Un *cántico* al que quiso dar continuidad en todas sus obras, incluso cuando andaba atravesado por el *clamor* y en medio del *maremágnum*.

Bibliografía

Blasco Pascual, F. J. y Piedra, A. (1995). *Jorge Guillén, el hombre y la obra*. Valladolid, Universidad y Fundación Jorge Guillén.

Garbisu Buesa, M. (2010). «Jorge Guillén desde su exilio americano: viajes a España de ida y vuelta», en Acillona, M. (ed.) *Sujeto exílico: Epistolarios y diarios*, San Sebastián, Hamaika Bide Elkarte, pp. 157-166.

Garbisu Buesa, M. (2014). «El sentimiento del exilio en Jorge Guillén, a través de su correspondencia con Salinas y Macrí», en Aznar Soler, M., López García, J.R., Montiel Rayo, F. y Rodríguez J., *El exilio republicano de 1939: viajes y retornos*, Sevilla, Renacimiento.

Guillén, C. (2002). «Tierra feliz del desterrado» en Gascón Vera, E. y Ramos, C., *Wellesley, recuerdo ileso*, pp. 87-95.

Guillén, J. (1969). *Lenguaje y poesía*, Madrid, Alianza.

Guillén, J. (1977). «El joven Emilio» en Homenaje a E. Gómez Orbaneja, Madrid, Editorial Moneda y crédito, 1977, pp. 15-18.

Guillén, J. (2010). *Cartas a Germaine (1919-1935)*, Galaxia Gutenberg. Ed. M. Ramírez, Barcelona.

Guillén, J./ Castro, A. (2010). *Correspondencia (1924-1972)*, Valladolid, Fundación Jorge Guillén y Universidad de Valladolid. Ed. M. J. Villalba.

Maurer, C. (2000). *Memoria y vida en Jorge Guillén (1947-1965)*, Madrid: Ayuntamiento de Madrid.

Morelli, G. (Ed.) (2000). *Epistolarios del 27: el estado de la cuestión*, Viareggio-Lucca, Mauro Baroni editore.

Salinas, P. (1984). «Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar» en *El defensor*, Madrid, Taurus, 1983, pp. 220-293.

Salinas, P./ Guillén, J. (1992). *Correspondencia (1923-1951)*, Madrid, Tusquets. Ed. A. Soria Olmedo.

Salinas, P./ Guillén, J./ Diego, G. (1996). *Correspondencia, 1920-1983. Pedro Salinas, Gerardo Diego, Jorge Guillén*, Valencia, Pre-textos. Ed. J. L. Bernal.